

Pues cuando fuga el caballo hizo,
El freno remordiéndolo con los dientes,
Descargaban en él como granizo
Las mortíferas flechas destas gentes,
Y tantas como puntas un erizo
De las colchadas armas van pendientes;
Las muy melidas fueron veinte y una,
Mas á las carnes le llegó ninguna.

La causa fué de no herirle tanta
Flecha las buenas armas de algodones,
Debajo dellas una cuera de anta
A donde reparaban los harpones,
O por mejor decir ayuda santa
Y algunas religiosas devociones;
Pues no matallo los que vieron esto
Decían ser milagro manifiesto.

Dejando pues aquel espacio vago
Los indios á los fuertes vencedores,
Entraron la ciudad de Turuaco
Sin se hallar en ella moradores;
Pero tuvieron razonable saco
No sin gana de ver otros mejores,
Porque lo substancial de sus haberes
Habían abscondido las mujeres.

Visto pues que la gente se desmanda
Mas de lo que cumplía salir fuera,
Con penas de rigor Heredia manda
Que todos se recojan á bandera,
Como quien conocía no ser blanda
La gente natural desta frontera;
Y así huyendo del inconveniente,
A los soldados dijo lo siguiente:

«Esta gente yo sé no ser cobarde,
Antes falta de todo sufrimiento,
Y tienen de buscarnos esta tarde
Con intencion de darnos otro tiento;
Y aquí no nos conviene que se aguarde
Sino que les dejemos el asiento,
Y en tal lugar debemos esperarlos
Que puedan revolverse los caballos.

» Paréceme ser, como lo pedimos,
Aquel llano poblado de labranzas;
Ellos han de pensar que les hūimos,
Y allí se han de templar sus destemplanzas
Porque podremos bien, según decimos,
Menejar los caballos y las lanzas.»
Esto dicho, sacó la compañía
Ocupando la parte que decía.

Y mandóles estar apercebidos,
A punto las espadas y rodela,
En partes diferentes repartidos
Y el caballero presta las espuelas:
Ansímismo por árboles subidos
Soldados que hacían centinelas,
Porque si descubriesen escuadrones
Diesen aviso y arma con pregones.

Presto se vido ser consejo sano
Para salir mejor de los conflictos;
Pues apenas llegaban á lo llano,
Cuando vieron plumajes infinitos
Que descendían con potente mano,
Dando terribles y espantables gritos,
Temeroso ruido de cornetas
Y abundancia de dardos y saetas.

Vistos por el Heredia, dijo luego:
«Señores, si ganais esta victoria,
Con ella granjeais vuestro sosiego,
Y vuestra gran virtud será notoria:
Y pues sois españoles, solo ruego
Que de vuestro valor tengais memoria,
Que si ponemos esto por delante
Ningun rigor habrá que nos espante.

» Gran nube viene, y el turbión es grande
A causa de llover sobre mojado;
Mas aquí le haremos que se ablande
Quien de dureza viene mas armado,
Como ningun soldado se desmante
Del orden que tenemos concertado,
Con el cual, en oyendo nuestra trompa,
Abra los ojos, y contrarios rompa.»

Dijo su parecer, y los soldados
Las condiciones puestas obedecían,
Los mas modernos dellos admirados
De ver los escuadrones que parecían
Con diademas de oro coronados,
Que de rayos heridos resplandecían,
Y con betumen negro ó colorado
Viene cada cual dellos embijado.

En esto ya llegaban á la plaza,
No con menos furor que bestias fieras
Dando lijeros saltos tras la caza
Y abalanzándose por las laderas:
El arco corvo se desembaraza;
Suenan engañadoras silbaderas;
Mas desde ya los vieron en los llanos
Al encuentro salieron los cristianos.

El buen gobernador iba delante
Dando de su valor patente muestra,
Recambiando la lanza penetrante,
Vez á la diestra, vez á la siniestra;
Corría rojo río y abundante
De los que clava su potente diestra;
Brama la tierra con mortal gemido,
Y aumentase la grita y alarido.

César iba haciendo maravillas
Dignas de su valor y de su nombre,
Rompiéndoles costados y ternillas,
Con brio que parece mas que hombre;
Acuden las católicas cuadrillas,
Procura cada cual ganar renombre,
Cubre los campos ciega polvareda
De la batida y rebollada greda.

Confúndese la junta de salvajes;
Crecían los horrisónos bullicios,
Acrecentando furias y corajes
Con los sanguinolentos ejercicios;
Cubriase la tierra con plumajes
Caidos de los vivos edificios,
Huellan unos y otros litigantes
Por encima de miembros palpitantes.

Bien como los que van rompiendo breña
Espesa con agudos segurones,
Para cosas que siempre les enseña
Necesidad maestra de invenciones,
Ocupando la tierra con la leña,
Trozos de palos, ramas y troncones,
Quedando de los árboles tal rima
Que no pueden andar sino por cima:

Esta manera son los embarazos
Que ponen á los vivos los caídos,
Con piernas y con pies, manos y brazos
Que por aquel lugar están tendidos:
Cabezas repartidas en pedazos,
Y sesos derramados y esparcidos,
Con los demás beligeros petrechos
Con que se mueven semejantes hechos.

Incitan á la bárbara bandera
Las noctigenas hijas de Aqueronte;
Mas ella de victoria desespera,
Buscando los latibulos del monte;
Y así cuando su roja cabellera
El sol metía tras del horizonte,
Los indios que quedaban con la vida
Sin orden se pusieron en huida.

Viéndose la victoria ya patente,
Y para mas honor mayor indicio,
A Dios dió cada cual devotamente
Gracias por tan inmenso beneficio;
Pues con el vencimiento desta gente
Venían los demás á su servicio,
Y así el gobernador con grato gesto,
Recogida la gente, dijo esto:

«Ciertó, señores míos, yo no siento,
Si buenos hechos piden alabanza,
Quién pueda dar con ella henchimiento
A los que vemos hoy de vuestra lanza
En este milagroso vencimiento
Contra dudosa y áspera pujanza;
Cuya huida vino tan á pelo
Que bien pareció ser obra del cielo.

» A Dios demos las gracias y la gloria,
Y el rey del galardón tenga cuidado,
Porque de Dios nos vino la victoria,
Y aquí venimos por real mandado,
En cuyo nombre yo terné memoria
Que sea cada cual galardonado
Con aquel miramiento que conviene,
Después de ver lo que la tierra tiene.

» Vencimos el contrario mas soberbio
Que solía tener esta frontera;
Vencimos y cortamos aquel nervio
Que á los demás servía de barrera;
De manera que todo queda pervio
Para poder pasar por donde quiera,
Pues los temores destos rompimientos
Son durisimos frenos y escarmientos.

» Y pues se llegan ya nublados oscuros,
Vamos á Turuaco, cenaremos,
Que puesto que durmamos intramuros,
Ningun impedimento hallaremos,
Antes nos hace su temor seguros
Para que del trabajo descansemos,
Mayormente teniendo velas puestas,
Rondas y centinelas por las cuestras.»

Aquesto dicho, fueron al asiento
Sin que hallasen bárbaro contrario,
Y con el recatado miramiento
Que no tiene juicio temerario
Dan á los cuerpos el mantenimiento
Que fué según su hambre necesario;
Y como suelen los que se recelan,
Los unos duermen y los otros velan.

Mas cuando descubrió su roja frente
Apolo con el raptó movimiento,
El sabio capitán y diligente
De principales hizo llamamiento
Para manifestalles lo que siente
Y conocer ajeno sentimiento
Cerca del parecer que mejor era,
El cual lo consultó desta manera:

«Señores, si el camino comenzado
Puede por tiempo dar algun reposo,
Paréceme que ya teneis andado
No menos que lo mas dificultoso;
Pues que, bendito Dios, va desmembrado
Un enemigo siempre victorioso,
Cuya cruel y vengadora diestra
Nadie la quebrantó sino la vuestra.

» Agora será bien que se discante
Sobre cuál destos es mejor concierto:
O pasar con las armas adelante
Por el camino que teneis abierto,
O determinación mas importante
A nuestra pretension, volver al puerto,
Para reconocer con advertencia
Asiento que prometa permanencia.

» Esta perplejidad os manifesto,
Cuya resolución de vos confío;
Y según que por vos fuere dispuesto,
Desa suerte daremos el avío,
Pues vuestro parecer acerca desto
Determino tener por propio mío,
Y no traspasaré llano ni cumbre
Sin que vuestro consejo me dé lumbre.»

Responden los que deben obediencia,
Y César con la gente mas granada:
« Vos, señor, teneis ciencia y experiencia
Para nos adestrar en la jornada;
Vuestra boca pronuncie la sentencia,
Y esa será por todos aprobada,
Pues como por tan buen seso se ordene,
Todo se guiará según conviene.»

Reconociendo estas intenciones,
Luego, según las suyas, determina
Dejar aquellos senos y rincones
Y dar la vuelta sobre la marina,
Para hacer con nuevas poblaciones
Albergos de la gente peregrina;
Y no fué la partida menos presta
De lo que fué durable la respuesta.

Y así, sin ofrecerse desavíos,
Llegaron á la playa ya notoria
Con aquellos despojos y atavíos
Que suele dar la guerra meritoria:
Salieron luego los de los navíos
A dar el parabién de la victoria
Con encarecimientos elegantes
Usados en negocios semejantes.

Cumplidos eran ya los días veinte
Del mes nombrado del bifronte Jano,
Del año que dijimos ser presente,
Y día del beato Sebastiano,
Cuando para trazar pueblo potente
Cristiano morador tomó la mano,
Repartiendo por orden los solares
En el istmos que goza de dos mares.

Según comodidad se dió la traza
Por diestros y peritos medidores:
Lo que era monte se desembaraza,
Talándolo los nuevos pobladores;
Señalaron iglesia, dióse plaza,
Y á San Sebastián dos de los mejores
Solares, donde hay hospital nombrado,
Y es hoy como patron reverenciado.

Nombráronse justicias ordinarias,
Según dispusieron de justo fuero,
Con otras muchas cosas necesarias,
Las cuales de presente no refiero,
Pues á causa de ser muchas y varias
Se quedan para el canto venidero;
Y de presente tengo justa causa
Por donde me conviene hacer pausa.

CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo los indios comarcanos vinieron á dar la paz, y bastó la batalla que se dió en Turuaco para atemorizar los demás caciques y señores de aquella provincia.

La punición á veces es tan buena
Para todos, que no tan solamente
Corrige los delitos y refrena
Al loco y atrevido delincuente,
Pero también avisa que en ajena
Cabeza se reporte y escarmiente
Quien estaba dispuesto por ventura
Para hacer alguna travesura.

Esta verdad ejemplo fué patente
La gran rota del indio mas cercano,
Adonde fueron muertos solamente
Seis ó siete caballos y un cristiano,
Y de los indios numerosa gente,
Que por entonces sin probar la mano
Estuvieron dudosos y perplejos,
Así cercanos como los de lejos.

Heredia, vistas las perplejidades,
Mandó luego partir al indio viejo
A los cercanos pueblos y ciudades,
Rogándole que diese por consejo
No rehusasen estas amistades
Agora que tenían aparejo,
Porque si procedían en la guerra
Asolarían toda la tierra.

Diéronse cosillas que de España
Traían castellanas compañías,
Con que la vista bárbara se engaña
Teniéndolas por ricas mercancías;
Corinche prometió de darse maña
Y dar la vuelta dentro de tres días,
El cual partió para Carex el rico,
Por haber Carex grande y Carex chico.

Este indio tractó hidalgamente
Aquel negocio que se le encomienda,
Encareciéndoles de nuestra gente
Su noble condicion y su vivienda;
Pero Carex respóndele que miente
Porque él sabe que roban la hacienda;
Y así le dijo qué no quiere vellos,
Y si algo quieren dél que vengan ellos.

Vista la voluntad que manifiesta
Con amenazas otras que no cuento,
Al Heredia volvió con la respuesta
Representándole su mal intento:
El gobernador hizo gente presta
Para punir aquel atrevimiento,
Y con soldados válidos ocupa
Un grande bergantín y una chalupa.

En ellos van ducientos y cincuenta
Soldados, de quien él se certifica
Ser tales que saldrán sin afrenta
Deste recuento donde los aplica:
Ante Carex sin grande se presenta
Adonde llaman hoy la Boca-chica,
Y allí se muestra cantidad inmensa
De bárbaros dispuestos á defensa.

Los españoles ya breve desvío
De la playa largando los resones,
En ella saltó luego Juan de Jio
Y dos hermanos dichos los Cerones:
Acuden estos al primer bubio
Rompiendo por soberbios escuadrones,
Por ser aquella cara señalada
Y en ella mucha gente reparada.

Allí de la primer arremetida
Mataron muchos, y al cacique prenden;
Pero la multitud fué tan crecida
De los que con orgullo lo defienden,
Que Cristóbal Cerón quedó sin vida;
Los dos aunque heridos no pretenden
Soltallo, ni los indios tal pudieron
Hasta que ya los nuestros acudieron.

Enciéndese de nuevo la pelea
Convocándose muchos naturales
Que Piorex exhorta y espolea
Y Curixix, señores principales,
Porque del término que señorea
Carex eran aquestos generales;
Mas en los sanguinosos desconciertos
Ambos á dos allí quedaron muertos:

Con otra mucha gente que se calla,
Pasados de mortíferos barrenos,
Que sin cubrirse jacerina malla
Al señor defendían como buenos;
Mas no costó tan poco la batalla
Que no hiciesen de los nuestros menos
Diez ó doce soldados, cuya muerte
Quitó quilates á la buena suerte.

Al fin con el sangriento torbellino
Prevalcieron españolas manos,
Saqueando las casas del vecino
Para poner temor á los cercanos:
Donde se recogieron de oro fino
Cien mil ó pocos menos castellanos,
Demás del alimento que se lleva
Para sustento de la ciudad nueva.

Pasaron á Caron in continente,
Pueblo del de Carex poca distancia,
Mas este recibiólos blandamente
Redimiendo su mal con su substancia:
Dió joyas de valor con que se aumente
La codiciosa sed y la ganancia,
Porque el ardor cruel desta fatiga
Cuanto mas bebe menos se mitiga.

Quedaron los demás pueblos ileso,
Matarapa, Cacon y el de Cospique,
Porque se muevan á mejores sesos
Cuando la rota deste se publique:
Volviéronse con muchos indios presos
De Carex, y con ellos su cacique;
No se les hizo tractamiento malo
Antes grandes caricias y regalo.

Asegurándoles de mas combate
Como tuviesen corazon sincero,
Dándoles muchas cosas de rescate
Y á Caron, un insigne hechicero,
Le ruegan que con otros pueblos trate
De la paz, y les sea medianero;
Porque los deste término marino
Lo tenían por mago y adivino.

El respondió por términos urbanos
Que todo lo posible se haría,
Pero que se le diesen dos cristianos
Para llevarlos en su compañía;
Allí los mas valientes y lozanos
Teníanla por temeraria vía,
Escepto dos mancebos caballeros
Que no dudaron ser sus compañeros.

Uno don Pedro de Abrego se llama,
De Sevilla, tenido por valiente;
El otro don Francisco Valderrama,
De Córdoba, no menos eminente:
Estos sin recelar bárbara trama
Adonde va Caron ponen la frente,
Y con gentiles bríos y donaire
Llegaron al gran pueblo de Bahaire.

Del cacique Dulió fué recibido
Caron, con gran contento y alegría,
No sin admiración después que vido
Venir con él estraña compañía:
Ocurren cuantos hay de su partido
A ver la nueva gente que venía,
Tanto que los ponían en aprieto,
Pero con grandes muestras de respeto.

Después de ya hablar en su lenguaje
Y á su modo palabras placenteras,
Caron dió relación de su viaje
A lo que pareció muy á las veras,
Con toda la substancia del mensaje
De parte de las gentes estrangeras;
Y el Dulió, vista la razón propuesta,
Pidió dos días para dar respuesta.

El Caron con tenello por amigo,
No sabiendo si bien ó mal ordena,
No las tenía ya todas consigo
Y quisiera volver á Cartagena:
Pero los caballeros dos que digo
Le dijeron que no tuviese pena,
Porque cualquiera dellos solo basta
A destruir aquella fiera casta.

Dicen luego con lengua bien instruta
«Dirás al perro hijo de la perra
Que el español no teme gente bruta,
Ni nosotros saldremos de su tierra
Hasta llevar respuesta resoluta
O de la blanda paz ó dura guerra;
Que determine luego lo que quiere,
Y espere dello lo que le viniere.»

Estas razones y otras que no toco
Notó Caron y estuvo bien atento,
Pareciéndole ser término loco
Tener allí tan gran atrevimiento:
Nada les respondió, mas desde á poco
Mostró con lágrimas su sentimiento,
Dulió que vido muestras mal sonoras
Le dijo: «¿Qué es la causa por que lloras?»

El respondió: «Sabrás que no lamento,
Dulió, por ocasion á mi tocante,
Sino tu destrucción y asolamiento
Si no vas con nosotros por delante;
Porque esta nación es, á lo que siento,
Con enemigos fiera y arrogante,
Pero con los amigos apacible,
Regalándolos todo lo posible.»

El dijo: «No son tales mis concetos
Que piense contrastar su duro marte,
Mas á los míos aunque son subyectos
Heme de subyectar á dalles parte,
Porque con pechos sanos y quietos
Aquesta paz reciban de buen arte,
Pues ningún señor hay tan absoluto
Que no deba cumplir este tributo.»

«Esto sin falta se hará mañana,
Y la contradicción terná castigo;
Habla con esta gente castellana
Certificándoles que soy amigo,
Y pues mi voluntad la tienen llana,
Sea la suya tal para conmigo;
Aquí se holgarán dos ó tres días
Porque no quiero ir manos vacías.»

Los bárbaros acentos declarados
Por lengua que la suya determina,
A cada uno de los dos soldados
De oro se les dió chaguala fina,
Cuyo valor montó hartos ducados;
Y así perdieron ambos la mohina,
Demás de tener mesas proveidas
Abundantísimas de sus comidas.

Hizo congregación día siguiente
De capitanes y otros caballeros,
Y díjoles ser cosa conveniente
Confederarse con los estrangeros,
Pues su destrucción era patente
Teniéndolos cercanos y fronteros,
Si con paz, discreción y aviso bueno,
A sus intentos no ponían freno.

Que tanteasen bien como discretos
Que las guerras consumen los poderes,
Y cómo no responden sus efectos
A los precipitados pareceres;
Demás de vivir todos inquietos,
Descarriados hijos y mujeres,
Y así su parecer, que muchos mide,
Era de dar la paz que se le pide.

De aquellos capitanes el mas viejo,
Oida su razón, incontinentemente
Le dijo: «Buen Dulió, vos sois espejo
Donde contempla cada cual su mente;
Nadie, teniendo vos ese consejo,
Hay aquí que lo tenga diferente:
Con vuestra voluntad medid la nuestra,
Pues la de todos es la misma vuestra.»

Otro con soberbisimo denuedo,
Pesándole de las conformidades,
Levantóse diciendo: «Yo no puedo
Sufrir acobardadas poquedades;
Parece que te ciscas ya de miedo,
Pues apetece estas amistades;
Perdido va, Dulió, tu fuerte brio,
Mas no se perderá jamás el mio.»

El Dulió, vista la soberbia vara
Y ser principio de otros embarazos,
Alzó con gran presteza la macana
Tirando golpe de nervosos brazos:
El cual, como se dió de buena gana,
Le hizo la cabeza dos pedazos;
Necesario no fué golpe segundo
Para sacallo fuera deste mundo.

El hecho del cacique se engrandeció
Por todos, y otra cosa no se trata
Sino decir que tal pena merece
El que contra su rey se desacata:
Con aquesto la junta se feneció
Y la contraria duda se desata,
Pues todos, por tener mejor aviso,
Vinieron en lo quel cacique quiso.

En este tiempo los de Cartagena,
Que de Caron hicieron confianza,
Tenían por los dos soldados pena,
Pareciéndoles mal tanta tardanza;
Y el gobernador mas, el cual ordena
Ir á buscallos, no con gran pujanza,
Mas solos veinte y dos en el navío
De que era capitán el Juan de Jio.

Llegaron á la boca del estero,
Por do para Bahaire hacen vía;
No puede navegar el marinero
Que la chalupa mas fondo pedia;
Mandósele soltar al artillero
Dos piezas que declaren quien venía,
Porque si gozan de vital aliento
Los dos acudan á su llamamiento.

Ellos, reconociendo los motivos,
Para de su salud hacellos ciertos,
Con indios que de paz no son esquivos
Bajaron en canoas á los puertos;
Aumentáanse los gozos en ver vivos
A los que ya contaban con los muertos;
Mas el Dulió con barca mas lijera
Ganó con el Caron la delantera.

Al buen Heredia hizo sus ofertas
Con mansas señas y palabras blandas,
Que daban los intérpretes abiertas
En idiomas propios á las bandas,
Y díjole: «Si yo tuve reyertas
Por aceptar la paz que me demandas,
Caron y las personas de quien fias
Dirán lo que me pasa con las mias.»

«Porque no pudo ser sin fin sangriento
De cierto capitán, hombre robusto,
Que procuró poner impedimento
A los efectos de negocio justo,
Debiendo medir siervos su contento
Con lo que á su señor diere buen gusto:
Sé que coligras de lo que digo
Que deseo la paz y soy amigo.»

«Esta será segura por mi parte,
Sin atender á varios pareceres;
Bien puedes para mas asegurarte
Venir conmigo, si por bien tuvieres,
Porque, cierto, deseo regalarte
Segun yo soy, que como quien tú eres,
Mis ministerios no serán tan altos
Que suban de valor á no ser faltos.»

No tuvo desabrida la respuesta,
Antes con el Dulió se partió luego
Adonde se le hizo grande fiesta,
Mas no quiso tomar mucho sosiego;
Y porque no partiese con la siesta,
De parte del señor hubo gran ruego,
Y aun que esperase la mañana
Por venir la tiniebla ya cercana.

Heredia respondió cumplidamente
Con el aviso que menester era,
Diciendo que no puede de presente
Dejar de se tornar á su frontera;
Pero si puede ser día siguiente
Vayan á Calamar, do los espera,
Porque también querría cuando fuese
Agasajallo con lo que pudiese.

Y que, pues era principal cacique,
De comarcas defensor y capa,
Procurase llevar los de Cospique,
Cocon, Caricocox y Matarapa,
A los cuales la paz les certifique,
Sin engaño, cautela ni solapa,
Porque si todos vienen á lo bueno,
Ternian quietud en su terreno.

Con esto se pusieron en camino
Con la chalupa de comida llena,
Y á los dos caballeros por quien vino
Mandó volver también á Cartagena,
Porque le parecía desatino
Quedarse solos en aquel arena:
Rogáronle con encarecimientos
Que no les perturbase sus intentos;

Porque serian sus trabajos vanos,
E ya de corazon poco constante,
Dejar aquel cacique de las manos
Hasta que lo llevasen por delante,
Porque para hacer los otros llanos
Era negociacion muy importante;
Y en aquesto hicieron tal instancia,
Que se quedaron llenos de arrogancia.

El buen gobernador fué navegando
Con manso viento que les aspiraba,
Y á su nueva ciudad llegaron cuando
El curso de la noche demediaba;
En tierra saltan todos publicando
Aquel efecto que se deseaba,
Diciendo que Bahaire con su gente
Los recibió caritativamente.

Y que paz de su parte se pregona
Por los cercanos puertos y bahias
Con subyección á la real corona,
La cual darían antes de tres dias,
El cacique Dulió por su persona,
Y con él otras muchas compañías;
El pueblo recibió mucho contento,
Deseando de ver el cumplimiento.

Lo cual efectuó, y así lo hizo
Aquel cacique y otros señalados,
Y trajo joyas de metal obrizo,
Que valieron sesenta mil ducados,
Demás del grano con que satisfizo
La hambre que tenían los soldados,
Llenas canoas de comidas varias,
A nuestros españoles necesarias.

Entrados los caciques en la villa,
Suntuoso convite les fué hecho,
Abundante de vino de Castilla,
De que mucho gustó bárbaro pecho;
Diéronles muchas cosas, que sencilla
Gente juzgaba ser de gran provecho,
Como corales, cuentas y bonetes
Colorados, cuchillos y machetes.

Y así los reyes desta pertenencia,
Que tuvo cada cual reino distinto,
Dieron el vasallaje y obediencia
Al gran emperador don Carlos quinto:
Hizose con solemne diligencia,
Que no referiré, por ser suelto;
Solo diré tener principios buenos
Para poder entrar otros terrenos.

Teniendo pues de paz aquella raya,
Dejando guarda como convenia,
Determinóse que la flota vaya
A Zamba para ver lo que tenia;
El gobernador iba por la playa
Con bien aderezada compañía,
Y con ellos la india Catalina,
Que deste dicho puerto fué vecina.

Como con el recato conviniente
Llevasen por delante corredores,
Dos hombres de caballo y el teniente
Prendieron á dos indios pescadores:
Hablóles Catalina cuerdate,
Diciendo, que perdesen los temores
Y no tuviesen miedo de cadena,
Pues la que vian era gente buena.

«Estos, decía, son nobles cristianos,
De costumbres loables y excelentes,
Y vienen para ser vuestros hermanos
Y á haceros sus deudos y parientes:
Jamás tuvieron violentas manos
Contra los que se muestran obedientes;
Mis ojos propios son buenos testigos
De cómo saben ser buenos amigos.»

«Mas no se libra de su lanza dura
Quien por contrario riesgo se desgalga:
Por tanto, pues hay buena coyuntura,
Decid á Zamba que de paz les salga,
Porque para tener vida segura
No hay otro remedio que les valga;
De paz está Carex y la marina
De cuanto por aquel compás confina.»

Entendieron los indios el lenguaje,
Y fué también la india conocida,
Por ser de su lugar y su linaje
De parentela luenga y estendida:
Admiranse de ver en nuevo traje
La que nació de madre no vestida,
Pues allí hasta partes impudentes
Suelen andar abiertas y patentes.

Fueron los indios pues en la demanda
A lo que pareció con buen intento,
Porque por las palabras que se manda
Refirieron aquel razonamiento;
Fué la respuesta que les dieron blanda
Y no con variedad el cumplimiento,
Antes salió del pueblo mucha gente
Con comidas y algún otro presente.

Al gobernador dieron joya fina
Para suplir algunos menesteres;
Ocurrian á ver á Catalina
Número no pequeño de mujeres,
La cual como servía de madrina
No dejó de sacar para alfileres,
Y aun con lo que sacó de la cacica
Otra de mas estofa fuera rica.

Aunque, según las relaciones nuevas
Que de la villa de Mopox me envía
El antiguo soldado Juan de Cuevas,
No fué poco sangrienta la porfia,
Pues antes de la paz hicieron pruebas
De lo que cada cual parte podía;
Mas Gonzalo Fernandez no da cuenta
Sino de lo que aquí se representa.

Salió de paz ansimismo Tocana,
Señor de Mazaguapo, con Guaspates
Y los de la ciudad de Turipana,
Y Cambayo, cacique de Mahates:
A los cuales la gente castellana
Dió bonetes, camisas y rescates,
Con aquellas apacibilidades
Que suelen granjear las voluntades.

De muchos indios dellos se barranta
Que vienen á mirar y ser testigos,
Y teniendo sospecha que en la junta
Los menos corazones son amigos,
Heredia con la lengua les pregunta
Si tienen en sus tierras enemigos,
Para que con sus armas y caballos
Vayan los suyos á desagrallos.

Respondele Cambayo: «Si sois tales
Que deseáis empresa generosa,
De todas las ciudades principales
Sola Cipacua es mas poderosa,
Cuyos vecinos son mis capitales
Contrarios, con pelea rigurosa;
Y como tú, señor, subyectes esta,
Ningun peligro hay en lo que resta.»

«Bien creo que saldrás con el intento,
Y si me haces este beneficio
No faltará mi reconocimiento
Con gran obligacion á tu servicio:
Eres hijo del sol á lo que siento,
Y aqueste siempre te será propicio,
De mas de que también de parte mia
Lrá muy bien armada compañía.»

El Heredia riendo le responde:
«Esa Cipacua para sojuzgalla
No resta mas de que sepamos dónde,
Para dársela luego la batalla;
Pero si da la paz y no se absconde,
Has de saber que tengo de guardalla,
Y quien por buen amigo se me diere
Héselo yo de dar mientras viviere.»

El bárbaro, no de razon ajeno,
Antes al parecer hombre bastante,
Dijo: «Señor, tú hablas como bueno,
Mas no vernán á tracto semejante,
Porque los que dominan aquel seno
Es gente poderosa y arrogante;
Y si pasión acaso no me ciega,
En las manos tenemos la refriega.»

A su razon Heredia respondia:
«Huelgo de que me quieras por padrino;
Aperibe tu gente, yo la mia,
Agora con el nubló vespertino,
Para que con la nueva luz del dia
Nos pongamos en orden y camino;
Y si no vienen á la paz que digo
Verás en ellos ejemplar castigo.»

Quedó pues el negocio concertado
Cuando faltaba ya febea lumbre;
El indio con solícito cuidado
Apercibió guerrera muchedumbre;
El gobernador sabio y avisado
Velóse según tiene de costumbre,
Pues aunque parecia gente noble
Sospechaba poder ser tracto doble.

Y cuando la dorada cabellera
De Febo descubrió por el oriente,
Vieron cubierta toda la ribera
De bien compuesta y ordenada gente;
Llamó todos los suyos á bandera
El buen gobernador por consiguiente,
Que bien apercebidos acudieron
Porque la noche toda no durmieron.

A sus cuadrillas bárbaras atentas
Dijo, haciendo señas, el Cambayo:
«Mirad que no demandan las sangrientas
Rencillas cobardía ni desmayo,
Y que para vengar vuestras afrentas
Llevamos fuerzas de divino rayo,
Pues aqueste señor que nos ayuda
Hijo del sol debe de ser sin duda.»

«Hagamos el deber en las contiendas,
Pues vamos amparados de tal muro,
Tomando del contrario las enmiendas
Que para todos fué cruel y duro;
Ireis á vuestras casas y haciendas
Cada uno de vos sobre seguro,
Y gozareis de vuestras granjerías
Ansi de cazas como pesquerías.»

Aquesto dicho, luego los provoca
A caminar con ordenada mano;
Y como la distancia fuese poca,
Llegaron aquel dia muy temprano
Al primero lugar que llaman Oca,
A Cipacua subyecto y sufragano,
Do no hallaron ánima viviente,
Mas todo su caudal allí presente.

Como viesen la gente ser huida
Y de sus bienes cosa no faltase,
Mandóse que so pena de la vida
Alhaja ni comida se tomase.
Sino que fuese presta la salida
Y sin tocar en cosa se dejase:
Ningun español hay que se desmande
Ni cosa recogió chica ni grande.

Pero los indios, no bastando ruego,
Amenazas de muerte ni otros males,
Todas las casas saquearon luego
Robándose los bienes y caudales;
Y aquesto hecho les pegaron fuego
Con otras malas obras de bestiales,
Y huyen por quebradas y peñoles
Dejando solos á los españoles.

Los indios que dejaron sus posadas
Y fueron á Cipacua con recelo,
Como viesen las grandes altumadas
Que con centellas van al alto cielo
Suenan de las viudas y casadas
Clamores que causaban desconuelo,
Y ocurre mucha gente de pelea
A ver los que quemaron el aldea.

Revuélvese terrible torbellino
Con gran selva de flechas y mañanas,
Y á brevecillos pasos de camino
Encontraron las gentes castellanas:
Los gritos son con tanto desatino
Que no parecen ser voces humanas;
Pero con parecer infernal ira
De todos cuantos son ninguno tira.

El Heredia no menos importuno
A la lengua para que los exhorte
De cómo no les hizo mal alguno
Ni fué participante ni consorte,
Antes está del hecho muy ayuno
Y que su gente tuvo gran reporte,
Siendo solos los indios de Mahates
Los maestros de aquellos disparates.

Y que promete, si Cipacua quiere
Venganza por el daño recebido,
De dalles tal castigo cual requiere
El crimen y delicto cometido,
Y de tal modo que mientras viviere
Se acuerde quién fué tan atrevido,
Aunque su condicion y su costumbre
Es el amor, la paz y mansedumbre.

Mas agora, por el atrevimiento
De hacer la maldad en su presencia,
Había de mudar su buen intento
Si le daba Cipacua la licencia;
Rogábales también que del asiento
Ninguno cure de hacer ausencia,
Sino que se quieten y estén quedos
Apartando de sí pesados miedos.

Item, promete con verdad sincera,
Porque su ciudad no desampare,
De no meter en ella su bandera,
Antes adonde está manda que pare
Para se ranchar por acá fuera,
Donde el señor cacique señalare,
Y esto se cumpliría sin que vea
Desdén ni vuelta que contraria sea.

La lengua dijo lo que le mandaron,
Usando fielmente del oficio,
Lo cual los principales escucharon,
Sin que de pelear diesen indicio;
Mas antes todos ellos mitigaron
Los clamores y el áspero bullicio,
Y el señor, entendidas las razones,
Aceptó las honestas condiciones.

Y así dijo: «Con esa confianza,
Y que castigareis á mi contrario,
Me huelgo de hacer el alianza,
Y de seros amigo tributario;
Por asiento ternéis esa labranza,
Donde yo proveeré lo necesario;
Sabed guardar los pactos como buenos,
Que por mi parte no vernán á menos.»

Esto dicho, se fué con sus vasallos,
No con resabios de voluntad mala,
Antes con intencion de regalillos,
Como con lo posible los regala;
Los nuestros arrendaron sus caballos
En el mismo lugar que les señala,
Y cada cual compone y adereza
Hamaca do recline la cabeza.

Luego los indios desde sus posadas
Enviaron algunos ricos dones,
Y cuatrocientas viejas que cargadas
Iban de diferentes provisiones,
Que mandó repartir por camaradas
Heredia, dando largas las raciones,
Y las joyas con las demás juntasen
Para que se repartiesen y quintasen.

Vinieron á los ranchos después desto
Sobre cien mozas bien encaonadas,
Cada cual dellas de gracioso gesto,
En todos miembros bien proporcionadas,
Pero todas en traje deshonesto,
Porque sus cueros eran las delgadas,
Y el vergonzoso y ampollado vaso
Con natural labor en campo raso (1).

No vírgenes vestales, sino dueñas,
Ansimismo ningunas conyugadas,
Pero solteras todas y risueñas,
Y para lo demás aparejadas;
Al fin se conoció por ciertas señas
Que debían de ser enamoradas,
Pues por allí también hay cantoneras
Y mujeres que son aventureras.

Y todas en comun son generosas
En dar lo que les dió natural uso,
Sin el de vestiduras engañosas
Ni del que suele ser velo confuso;
En efecto por ser estas hermosas,
Pueblo de las Hermosas se le puso,
Y así Cipacua, porque lo merece,
Con este mismo nombre permanece.

Traían por los cuellos y muñecas
Cuentas de oro, y otros ornamentos
De chaquiras compuestas á sus rucas,
Labradas con mal primos instrumentos.
En efecto, volvieron boquiseacas
Y defraudadas de sus pensamientos,
A causa de que los de nuestras gentes
Serían de los suyos diferentes.

(1) Estos dos versos van rayados en el original, y al margen sustituidos de mano de Pedro Sarmiento con los siguientes:

Y las partes impuras al orco
Con un bestial y rústico rodeo.

Porque todos los mas de aquella era,
Segun manifestaba su presencia,
Eran, demás de ser gente guerrera,
Hombrazos de valor y de prudencia,
Y que sabian do menester era
Vivir con vigilancia y advertencia,
No queriendo por bajas aficiones
Cobrar con indios malas opiniones.

Pues la visita por las damas hecha
Que para trompezar iban a pique,
Tuvo por certísima sospecha
Hacerse por industria del cacique;
Pero ninguna cosa le aprovecha
Por no la ver de que se certifique:
Mas sin que de Cipacua me muevo,
Añadiremos una cosa nueva.

Y es decir Juan de Cuevas, que primero
Que con Cipacua fuesen los conciertos,
Hubo con Tubará recuento fiero
A la subida de sus altos puertos;
Murió don Juan de Vega Caballero
Después que por él fueron muchos muertos,
Y allí también de pálidos metales
Ovieron crecidísimos caudales.

Y captivo quedó Morotoava,
Y otro cacique, Hare, su sobrino;
Hallaron templo donde se adoraba
Con gran veneracion un puercó espino,
Que por romana vieron que pesaba
Cinco arrobas y media de oro fino,
El cual puercó hallaron en Cipacua,
Y otro templo también en Cornapacua.

En el cual (estos hombres insensatos)
Eran por dioses suyos adorados
Con grandes ceremonias ocho patos
Que pesaron cuarenta mil dudados,
Donde tuvieron bien para zapatos
Este gobernador y sus soldados;
Así que de Cipacua y sus recodos
Salieron bien aprovechados todos.

Tuvieron pues allí la noche fria
No sin fuerza de guarda vigilante;
Y al tiempo que llegó la luz del dia
Quien regia la gente caminante
Al cacique le dijo, que quería
Pasar con sus soldados adelante,
Y que para cumplir con lo que debe
Trabajaría de volver en breve.

Y entonces como menos impedido
Oíría las contiendas y debates
Acerca del agravio recibido
De Cambayo, cacique de Mahates,
Pues había de ser restituido
Cipacua con aumento de quilates,
Certificándose de la malicia,
Y á cada cual guardando su justicia.

Y que siempre harían asistencia
Dentro de Calamar muchos cristianos,
Por venir con poderes y licencia
Del mejor rey de todos los humanos,
A quien debían honra y obediencia
Los príncipes y reyes soberanos,
Y á quien daban tributo y vasallaje
Las naciones del mas alto linaje.

Y el ansimismo para que pudiese
Gozar de quietud con beneficio,
Mucho le convenia que se diese
Con los demás á su real servicio;
Pues cada y cuando que menester fuese
En él tenía defensor propicio,
Amparando sus tierras y haciendas
De cualesquier tiránicas contiendas.

Item, le dijo no ser sus concetos
Otros en ir á ver tierras estrañas,
Sino para decilles, si quietos
Quiéren tener albergos y cabañas,
Se hagan tributarios y subyectos
Al poderoso rey de las Españas,
Y lo mismo le daba por consejo
A él, pues tiene tiempo y aparejo.

El indio no dejó de estar atento
A lo dicho por lengua suficiente,
Y tanteó con el entendimiento
Cuál sería menor inconveniente;
Y al cabo se resume ser contento
De darse por vasallo y obediente
De rey que tiene por vasallos reyes,
Y estar en obediencia de sus leyes.

De quel gobernador vió la respuesta
Que con su voluntad correspondia,
Dióle las gracias, hizole gran fiesta,
Y presentóle cosas que traia,
Bonete colorado con su cresta
De pluma roja con argenteria,
Camisa, zarafuelles, ciertas euentas,
Y para sus culturas herramientas.

También á la partida se le ruega
Que todos los demás indios ablande;
Y así fué caminando sin refriga
De indio que con guerra se desmande,
Hasta tanto que con su gente llega
A beber de las aguas de rio Grande,
Dejando con los buenos tratamientos
Todos aquellos bárbaros contentos.

Y por no ser molesto ni pesado
Al tiempo de pasar esta frontera,
Puesto caso que fuese convidado
Para dormir en casas de madera,
Nunca metió su gente por poblado,
Y siempre quiso ranchearse fuera;
También porque si indios maleasen
Tuviesen campo do se rodeasen.

Pacificando pues estas naciones
Prosigue sin azar aquella via,
Hasta dar en las grandes poblaciones
De la tierra que llaman hoy Maria:
Allí pararon nuestros escuadrones,
Y fué concierto de la compañía
Volverse por rodeos y desvíos
A Zamba do dejaron los navios.

Donde con gran contento y alegría
Se cumplió su deseo y esperanza
De vellos en el puerto, pues había
Sido de cuatro meses la tardanza,
Y con aquel temor que se tenía
Estaban ya para hacer mudanza:
Al fin á Calamar los encamina,
Y él fué con los demás por la marina.

Adonde todos juntos, se hicieron
Fiestas y juegos de mayor substancia,
Y es porque del rescate que trajeron,
Habido por aquella circunstancia,
Pagado real quinto, les cupieron
A mas de seis mil pesos de ganancia,
Con que compraban fanfarrona seda,
Como bullían ya con la moneda.

Fueron luego por partes diferentes
Algunos capitanes y soldados,
Para pacificar las otras gentes
Cuyos pueblos no fueron visitados;
Vinieron los mas dellos obedientes
Siendo con santa paz amonestados,
Y los rescates de oro por momentos
Iban en caudalosos crecimientos.

Al fin que como no vuelven vacíos,
Y en rescatar se daban buena maña,
Crece la poblacion de los bubios;
Dábales materiales la montaña,
Llegaron pues al puerto dos navios
Que del Nombre de Dios iban á España;
Holgáronse de ver aquel arena
Con renoubr de nueva Cartagena.

Saltan en tierra no sin gran contento
De ver escala para su viaje;
Hizoseles muy buen acogimiento;
Hallaron pasajeros hospedaje;
Dióles Pedro de Heredia bastimento
Por venir faltos de matalotaje,
Y al tiempo del partirse les suplica
Digan do quiera ser la tierra rica.

Y que podían afirmar por cierto
Ser demás de lo dicho tierra sana,
Con apacible y escelente puerto
Para contractacion cuotidiana,
Y para mas prosperidad abierto
Camino, por estar su gente llana,
La cual como les era ya propicia
Daban de mas adentro gran noticia.

No dijeron á sordos las razones,
Pues do quiera que cada cual surgia,
Allí solemnizaba con pregones
La gran riqueza que se descubria
En aquellas provincias y regiones,
Demás de la que ya se poseia,
Y que los naturales antes bravos
Servían ya mejor que los esclavos.

Luego la fama como suele vuela
Entre guerreros y entre contractantes:
Alistan el espada, la rodela,
Limpian las armas olvidadas antes;
Cual carga nao, cual la carabela,
De caballos y cosas importantes,
Como de sedas, granas, perpiñanes,
Finisimas holandas y ruanes.

Fué luego la ciudad de Cartagena
Frecuentada de barcos y navios,
Y en breve tiempo la ribera llena
De ricos y costosos atavios,
Que vienen á buscar dorada vena
Y á conquistar no vistos señorios;
Los españoles van en crecimiento
Y las contractaciones en aumento.

Con las cuales engruesa su hacienda
El mercader sagaz á quien le toca;
Vereis vacías una y otra tienda
En breves dias y en distancia poca;
La tasa de los precios y la rienda
Era por la postura de su boca,
Y en aquel tiempo que se representa
Iban juntas la paga con la venta.

También á vueltas de los mercaderes
Llegaron en aquellas coyunturas
Los molestos melindres de mujeres
En seguimiento de sus aventuras;
Unas dellas con sueltos pareceres,
Y otras con maritales ligaduras,
Cuyas fantásticas ostentaciones
Se confirmaban con postizos dones.

Jactándose de noble parentela,
Tal que ninguna padecia mancha,
Arrastra cada cual sérica tela,
No cabe por la calle que es mas ancha:
Una se puso doña Berenguela,
Otra hizo llamarse doña Sancha:
De manera que de genealogia
Esa tomaba mas que mas podia.

Salen á luz vestidos recamados,
Con admirables frescos guarnecidos;
Relumbran costosísimos tocados
Que de rayos del sol eran heridos;
Otras sacan cabellos encrespados
Y en redecillas de oro recogidos;
Y así con vestiduras escelentes
Llevan tras sí los ojos de las gentes.

No dejan los plateros á la balda,
Pues los ocupan en labralles oro;
Engástase la perla y esmeralda,
Y otras piedras anejas á tesoro,
Tiene ya cada cual paje de falda,
Por mas autoridad y mas decoro;
Adórnase los dedos con anillos;
Penden las arracadas y sarcillos.

Del galán á la dama corre paje
Con blanda locucion y bien compuesta;
Oyese por las partes el mensaje;
Vuelve no menos grata la respuesta;
La dulce seña sirve de lenguaje
Do la palabra no se manifiesta;
Estaba todo lleno finalmente
De todos tractos y de toda gente.

Y siempre sucedían compañeros
Que llegaban de todas condiciones,
Pues que vinieron hasta melcocheros
Y gozaron de tales ocasiones,
Que volvieron cargados de dineros
De vender sus melcochas y turriones,
Por estar todo tan de oro hecho
Que nadie daba paso sin provecho.

Viendo pues la ciudad bien pertrechada
Quien de la gobernar tenia cargo,
Y como para ser perpetuada
No le podían ya poner embargo,
Determinó hacer una jornada
Cuyos caminos fuesen á lo largo
Acia la mar del Sur, cuya riqueza
Se publicaba ser de gran grandeza.

Año de treinta y cuatro por enero
Iba corriendo, cuando hizo lista
Del práctico peon y caballero
Para continuar esta conquista;
Examináronse por el primero
Con la conversacion y con la vista;
Y así por acudir á sus intentos
De todos escogió hasta ducentos.

Varones de quien él hacia cuenta
Ser tales al rigor mas importuno,
Y que metidos en cualquier afrenta
Podría recelarse de ninguno:
Serían de caballo dorada vena
Con dos y tres caballos cada uno,
Con todos los pertrechos y la carga
Que se requieren en jornada larga.

Y también entre dos ó tres peones
Para carga llevaban un rocino,
Do cargaban aquellas provisiones
Necesarias al cauto peregrino;
Hachas, machetes, barras y azadones
Con que pudiesen allanar camino,
Y pasos que impidiesen el pasaje
Para prosecucion de su viaje.

Aderezado pues el aparato,
Hizo de los oficios nombramiento,
Los cuales de presente no relato
Por no dar al lector desabrimiento;
Y también quiero descansar un rato
Con presupuesto de volver al cuento,
De manera que sea manifiesto
Todo lo sucedido después desto.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo el gobernador Pedro de Heredia salió de la ciudad de Cartagena con docientos hombres bien aderezados, y llegó á la provincia de Cenú, y lo que mas aconteció en su pacificacion y conquista.

Muchas veces se ve por experiencia,
Demás de lo que consta por lectura,
Que suele ser la viva diligencia
Guia para tener buena ventura;
Mas en los hombres faltos de prudencia
Aquesta también es de poca dura,
Y muchos vemos de riqueza llenos
Que procurando mas vienen á menos.

Y en parte no fué libre destas penas
La cudicia de nuestro caminante,
Pues sin la defender armas ajenas
Dieron en tierra rica y abundante;
Y con tener allí las manos llenas
Procuraron pasar mas adelante,
Y faltó poco por sus desvarios,
Para que se volvieran manvaciós.

Porque yendo la gente caminando,
Movida y alentada por la fama
Que de riqueza dió barbaro bando,
En la sierra que de Abreva se llama,
Tierra poco poblada conquistando
De la que fuera della se derrama,
Llegaron adestrados por las guias
Al Cenú las cristianas compañías.